

Multiculturalidad Una perspectiva teológica

Gabino Uríbarri

La multiculturalidad no es una novedad radical. A lo largo de la historia, los pueblos han conocido culturas diferentes a la propia. Sin embargo, el fenómeno de la multiculturalidad se presenta hoy en día en las sociedades avanzadas europeas con una fisonomía propia y distintiva, pues dicha pluralidad cultural se da precisamente dentro de una misma sociedad, que deja de ser culturalmente homogénea para convertirse en pluricultural o multicultural.

Las culturas no son magnitudes cerradas e impermeables al influjo recíproco, especialmente de las culturas más cercanas y más potentes, ya sea en maquinaria de guerra (industria bélica) y ejército, en producción agrícola e industrial, en creaciones artísticas y refinadas, en organización política eficaz, en comercio, etc. De tal modo que se puede defender que no hay cultura exenta de mestizaje (A. Tornos); es decir, de un influjo mayor o menor de sus vecinos y de sus enemigos, cuya mera existencia y contacto ya modifica la propia cultura al demostrar la existencia de alternativas a la organización social, a las costumbres y a la definición de los sentidos y los significados. El caso de la historia de Israel, que mantiene una cultura e identidad propia reci-

biendo el influjo de otras culturas y religiones (cananea, egipcia, persa, asiria, babilónica, irania, helénica, romana) en una dinámica que combina la asimilación y la resistencia a lo largo de la historia, ilustra bien lo que quiero decir.

Sin embargo, hoy en día la multiculturalidad se nos ha hecho presente de un modo nuevo cuando menos por tres factores. Primero, porque la existencia de otras culturas y el contacto con ellas, aunque sea lejano, se ha facilitado y potenciado enormemente a través de los diferentes *media*, a pesar del predominio de la cultura occidental y sus productos culturales en Internet y en el resto de los MCS. Por los *media* se nos introducen familiarmente en casa otras costumbres familiares, económicas, modos de vestir, de valorar, de juzgar, de entender la vida.

Segundo, mayor impacto que el contacto a distancia causa el conocimiento directo y vivencial de otras culturas, elemento que, gracias a la facilidad de viajar a lugares lejanos de la que gozamos hoy en día, se ha vuelto muy accesible. En los viajes no nos cuentan de lejos y por un rato cómo se come o se convive en África o en Asia, sino que lo experimentamos nosotros mismos por unos días, ciertamente con mucho mestizaje de elementos occidenta-

les, que van llegando a tantas partes del planeta.

Tercero, y más importante, la presencia a gran escala sobre todo de emigrantes, pero también de refugiados y desplazados, procedentes de otras culturas está incidiendo poderosamente sobre las sociedades de los países occidentales europeos, sin que se sepa realmente cuál será el resultado final de esta ola migratoria de escala continental y de inmensas proporciones. Basta con pasear por algunos barrios o, simplemente, con usar los medios de transporte público para captar la pluralidad de culturas de los habitantes de las grandes ciudades europeas. Un tercio de las víctimas mortales en los terribles atentados de los trenes de Madrid fueron extranjeros: ecuatorianos, rumanos, polacos, marroquíes, etc.

Especialmente debido a la emigración, que nada indica que se vaya a detener o a disminuir en los próximos años, las sociedades occidentales europeas han perdido la homogeneidad cultural que pudieron tener antes de la segunda guerra mundial para albergar en su seno grupos culturales, que mantienen, al menos durante una generación aunque ciertamente con mestizaje, su cultura, su identidad y su religión. En Gran Bretaña, por ejemplo, hay ya más de cuarenta colegios

confesionales musulmanes, como en España los hay católicos, y su número va creciendo. En Canadá los musulmanes gozan de prerrogativas especiales con respecto a la legislación familiar y matrimonial, que se rige por sus propias leyes de inspiración musulmana.

Especialmente debido a la emigración, la multiculturalidad forma parte de nuestra sociedad y es previsible que lo siga haciendo en el futuro. ¿Cómo afrontarla y cómo valorarla desde un punto de vista teológico?¹.

Entre Babel (la confusión) y Pentecostés (el entendimiento)

La multiculturalidad supone un reto enorme, cuya magnitud no se puede minimizar. Desde el punto de vista teológico no ha de verse necesariamente sólo como una amenaza. Para situar teológicamente la reflexión sobre la multiculturalidad, me voy a servir de dos imágenes que nos permitan circunscribir los límites del arco de posibilidades y amenazas que la multiculturali-

¹ Texto, ligeramente corregido y ampliado, de la intervención en la *Mesa cultural y multiculturalista*, dentro del simposio: *Argentina en el tiempo, «Hacia el bicentenario. Diálogo entre Instituciones»*, Sociedad Argentina de Filosofía, Córdoba (Argentina), 22 de noviembre de 2005.

dad ofrece. Las imágenes mismas, como ocurre con el símbolo, poseen más fuerza que la aclaración correspondiente.

Babel (Gn 11,1-9)

La Escritura no es ajena a la existencia de la diversidad de pueblos. En los primeros capítulos del Géne-

*no hay cultura exenta
de mestizaje; la historia
del Israel bíblico constituye
un claro ejemplo*

sis encontramos una reflexión al respecto. Según Gn 10, la diversidad de pueblos de la tierra se remonta a los descendientes de los hijos de Noé, que fueron repoblando toda la tierra, en su diversidad geográfica. Tal manera de ver la diversidad de los pueblos la remite a un origen común y a un designio original de Dios². Israel tiene conciencia de ser el pueblo elegido (Deut 7,7), pero no de ser el único pueblo sobre la faz de la tierra. Desde la fe en el Dios creador, los otros pueblos sobre la tierra no pueden sino recibir

² Cf. la exégesis eclesial de IRENEO, *Demonstración de la predicación apostólica*, 19-21.

una valoración en principio positiva, aunque no sean el pueblo elegido y no se comporten según la alianza.

La reflexión del texto es compleja³. Parte de una situación que podría parecer idílica: «Todo el mundo era de un mismo lenguaje e idénticas palabras» (Gn 11,1). Sin embargo, precisamente esta uniformidad total es la que parece disgustar a Dios: «y pensó Yahvé: "Todos son un solo pueblo con un mismo lenguaje, y éste es el comienzo de su obra [la edificación de la torre]. Ahora nada de cuanto se propongan les será imposible. Bajemos,

lugar de una uniformidad absoluta, que parecería atentar contra Dios en el intento de construir una torre que alcanzase los cielos, Dios en su designio arbitra la pluralidad de lenguas.

Ciertamente en el episodio de Babel no aparece más que el inicio de la confusión. Sin embargo, podemos añadir con facilidad que a partir de la confusión, del no entenderse, se puede generar todo tipo de violencia, de injusticia, de opresión y de desprecio. La diferencia pasa fácilmente a ser una amenaza posible, en lugar de un enriquecimiento valioso y una complementariedad beneficiosa. Los lamentables sucesos del reciente otoño francés de 2005, protagonizados por los jóvenes de una segunda generación de emigrantes no bien integrada social y culturalmente, han puesto de manifiesto hasta qué punto la diversidad no reconciliada puede ser germen de violencia. La injusticia explotó y se puso en evidencia en varios sentidos: tanto por la reacción salvaje de los jóvenes, quemando automóviles e incendiando instituciones como escuelas de un modo indiscriminado, como por reaccionar contra una situación de marginación creciente y de desprecio por parte de las autoridades.

Ante el peligro de la diferencia y la amenaza de la diversidad se puede

*hoy, los diferentes media,
la facilidad de viajar
y la presencia de inmigrantes
de otras culturas han
potenciado enormemente
la multiculturalidad*

pues, y, una vez allí, confundamos su lenguaje, de modo que no se entiendan entre sí"» (Gn 11,6-7). En

³ Cf. el comentario somero de R. J. CLIFFORD, «Genesis», en R. E. BROWN-J. A. FITZMYER-R. E. MURPHY, *The New Jerome Biblical Commentary*, Prentice Hall, New Jersey 1990, 17-18.

ciertamente reaccionar con violencia de modos múltiples y sofisticados. Baste con recordar el *Apartheid* en Sudáfrica o la segregación racial en Estados Unidos. Pero también cabe afrontarla desde otro espíritu, como puso de manifiesto en un gesto profético el papa Juan Pablo II, cuando reunió a líderes de diversas religiones para rezar juntos por la paz en Asís. Si las religiones son un factor de diversidad, pueden tristemente jugar en el escenario nacional e internacional a favor de la violencia y la incompreensión. Las guerras de religión en Europa, el conflicto palestino-israelí, así como los conflictos de los Balcanes, con un fuerte componente étnico-religioso, lo recuerdan. Pero también pueden convertirse en un eficaz instrumento de paz, en cuanto que las religiones suelen abrazar de formas diversas la paz y la fraternidad dentro de sus valores y sus propuestas.

Desde la perspectiva del episodio de Babel no parece que la uniformidad lingüística —y cultural— absoluta sea conforme con el plan de Dios ni con las mejores posibilidades de la raza humana en su conjunto. Por lo tanto, queda en el aire la inquietud por una tercera vía, en la que se supere la confusión de la diversidad sin hacerlo sobre la base de la uniformidad total.

Pentecostés (Hch 2,1-13)

En las antípodas de Babel se sitúa el episodio de Pentecostés⁴. Para empezar, en Pentecostés se reconoce de un modo positivo la pluralidad de lenguas (Hch 2,4). El don del Espíritu capacita a la Iglesia para que se dirija a todos los pueblos de la tierra en su propia lengua. El hebreo dejó de ser la lengua sagrada para la comunidad cristiana, que, propiamente

*el libro del Génesis remite
la diversidad de los pueblos
a un origen común y a un
designio original de Dios*

te hablando, no tiene una lengua sagrada o que sea teológicamente superior a las otras. La comunidad cristiana primitiva adoptó inicial-

⁴ No afirmo que esto sea así en la intención del autor de los Hechos. Sin embargo, lo que sucede en Pentecostés suscita el recuerdo por antítesis de lo que había acontecido en Babel. La liturgia de la Iglesia incluye la lectura del episodio de Babel el día de la fiesta de Pentecostés. Un análisis detallado en R. PENNA, «Il racconto lucano della Pentecoste; dalla teofania del Sinai al dono dello Spirito di Cristo», en *Id.*, *Vangelo e inculturazione. Studi sul rapporto tra rivelazione e cultura nel Nuovo Testamento*, San Paolo, Cinisello Balsamo 2001, 705-728.

mente el griego común, en el que está escrito el Nuevo Testamento, que era el idioma más extendido y predominante del momento, con el que la evangelización fluía más fácilmente. Pero también nos han llegado textos cristianos antiguos en otras lenguas locales: latín, siríaco, copto, armenio, etiópico, etc., mostrando así cómo los cristianos se iban adaptando a la lengua del lugar. Más adelante, el latín ocupó el puesto del griego y lo ha mantenido durante bastante tiempo. Sin embargo, ninguna de estas lenguas, latín y griego (o hebreo), son lenguas estrictamente *sagradas*, sino fundamentales para conocer la tradición de la Iglesia y la Sagrada Escritura. Prueba de ello es la reforma litúrgica impulsada por el Concilio Vaticano II, con la incorporación plena de las lenguas vernáculas.

En segundo lugar, Lucas sitúa en Jerusalén a judíos prosélitos habitantes de una gran diversidad de naciones, con una intención universalista expresa, pues representan simbólicamente todas las naciones de la tierra (Hch 2,5.9-11). Sin embargo, lo sorprendente reside en que se dicen unos a otros: «todos los oímos hablar en nuestra lengua de las maravillas de Dios» (Hch 2,11; cf. v. 6.8). Esto demuestra que el plan de Dios no consiste en la uniformidad cultural, o en que todos los pueblos hablen una sola lengua,

ya sea el hebreo, el griego, el latín u, hoy en día, el inglés. Cada pueblo mantiene su idiosincrasia, igual que no es necesario hacerse judío para ser cristiano, circuncidarse (cf. Hch 15). A la Iglesia le pertenece esencialmente ser una comunidad de mesa de judíos y de gentiles, sin que los judíos hayan de prescindir de su judeidad ni los gentiles (los no-judíos) judaizarse (cf. Rm 9-11).

Ahora bien, esta pluralidad tan magnífica y amplia que nos presenta Lucas no es motivo de confusión, de amenaza, de recelo, de violencia o de opresión. Al contrario, la enorme diversidad se vive reconciliada porque todos escuchan el mismo mensaje de fondo; un mensaje que se profiere modulado en cada una de las lenguas conocidas, para que cada pueblo no sufra una opresión cultural, sino que se abra al reconocimiento de las maravillas de Dios, porque, gracias al don del Espíritu del que es depositaria la Iglesia para su acción misionera, las entiende y asimila en su propia lengua. Así se muestra que el camino de la evangelización implica la formulación de la fe en las diferentes lenguas y, en definitiva, la inculturación⁵.

Así, pues, Pentecostés es el icono de una multiculturalidad vivida en ar-

⁵ Cf. A. TORNOS, *Inculturación. Teología y método*, Desclée, Bilbao 2001.

monía, reconciliada con el plan de Dios, en la que es posible el entendimiento precisamente porque Dios a través de la Iglesia y mediante el don de Espíritu se dirige a cada pueblo en su propia lengua. En Pentecostés se da la combinación de la ausencia de imposición cultural junto con la recepción de un mismo y único mensaje fundamental para la vida: la comprensión de las maravillas de Dios y la apertura a las mismas⁶.

La fe cristiana ante la multiculturalidad

Voy a sintetizar la postura de la fe cristiana y, por consiguiente, de la Iglesia ante el multiculturalismo con tres tesis, a lo que añadiré una apostilla final sobre el fundamentalismo violento, si bien este último aspecto requeriría un tratamiento más detenido.

La fe cristiana parte de una valoración positiva y sin miedos de la diversidad cultural, aunque tampoco es ingenua

La historia de Israel sabe de guerras y de imposiciones culturales. En par-

⁶ Según información oral de la Dra. Carmen Dragonetti, en el budismo existe un texto muy parecido a Pentecostés, en el que también cada pueblo escucha el mensaje de la revelación en su propia lengua.

ticular y fijándonos solamente en la época más cercana al Nuevo Testamento, para Israel la confrontación con el helenismo, y luego con Roma (destrucción del Templo), supuso un fuerte trauma, pues vio su identidad religiosa amenazada por una cultura que pretendía imponer sus propios símbolos religiosos, como en el caso de la persecución de Anatólico IV Epifanes, que relatan los li-

en Pentecostés se reconoce de un modo positivo la pluralidad de lenguas

bros de los Macabeos y refleja el libro de Daniel. La misma Iglesia cristiana padeció persecución y calumnia en el imperio romano por mantenerse fiel a algunos de sus principios fundamentales (como el monoteísmo) y no prestarse a participar en las ceremonias cívico-religiosas de culto al emperador.

A pesar de todo, y recordando la experiencia de la imposición avasalladora, la Iglesia aboga a favor del respeto de las diferentes culturas y

⁷ Destacan las declaraciones *Nostra aetate* (sobre las religiones no cristianas) y *Dignitatis humanae* (sobre la libertad religiosa) del Concilio Vaticano II. Para más detalles: J. J. ALEMANY, *El diálogo interreligioso en el magisterio de la Iglesia*, Desclée, Bilbao 2001.

religiones⁷, reconociendo en su diversidad una riqueza para la humanidad que procede últimamente de Dios, aunque la plenitud de la revelación se dé en exclusiva gracias a Jesucristo. Ya en el siglo II Justino habló de las «semillas del Verbo»⁸ presentes en la filosofía griega,

*la fe cristiana entiende
su propia misión como
inculturación del evangelio,
que supone también
la purificación, desde dentro,
de las culturas*

abriendo así una consideración positiva de factores culturales y religiosos no explícitamente cristianos.

La inculturación del evangelio como crítica y purificación de las culturas

Aunque la fe cristiana no pretende reducir las culturas a unidad o uniformidad, y valora los elementos positivos que se dan en el seno de las cul-

turas, sin embargo, entiende su propia misión como una inculturación del evangelio⁹. Dicha inculturación, que opera gracias a la fuerza del Espíritu y de la fe, supone también la crítica, la purificación y la transformación desde dentro de las culturas, para eliminar lo que en ellas haya de incompatible con el evangelio y con la fe. Esto implica ciertamente una visión en parte crítica de las culturas, sin bendecir todo lo que se da en ellas como bueno sin más. La cultura también es capaz de generar violencia, injusticia hacia dentro (sistema de castas) y hacia fuera (segregación racial, esclavitud, discriminación de la mujer).

No cabe duda de que el camino de la inculturación es largo y difícil. Es obra de la Iglesia local en su integridad, que es quien llega a vivir el evangelio de Jesucristo dentro de una cultura, moldeando la fe desde su propia vivencia cultural y transformando la cultura gracias a la fuerza de la fe. A pesar de su complejidad, es el único camino por el que el evangelio termina por arraigar, echando raíces profundas en un pueblo, en una sociedad, e impregnando la vida cotidiana de las gentes. Por eso, a pesar de su dificultad, la inculturación es el camino de la Iglesia en su labor misionera y en su relación con las culturas.

⁸ Cf. JUSTINO, 2 *Apol.* 8, 10, 13. Una postura más actualizada sobre este tema en COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *El cristianismo y las religiones* (1996) (recogido en ID., *Documentos 1969-1996*, ed. por C. POZO, BAC, Madrid 1998).

⁹ Véase, especialmente, PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*.

En el contexto de la multiculturalidad la Iglesia está llamada a vivir como un resto santo, que sea una bendición para las otras culturas

Para el libro del Génesis la llamada y la bendición de Abraham no termina en él mismo, ni siquiera en el pueblo de Israel, sino que se extiende a todos los pueblos de la tierra: «Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra» (Gn 12,3). Así, se puede descubrir una lógica de universalidad que atraviesa la Escritura, en la que el pueblo judío, con su vida de fidelidad a Yahvé y a la alianza, es una bendición para las naciones¹⁰. La universalidad se alcanza gracias a lo que se puede denominar como *bendición para la alteridad*: la bendición recibida por uno (Abrahán, Israel, la Iglesia) no se retiene en su interior, sino que despliega su dinámica desde la alteridad para beneficio del otro. Así, englobando al uno (Abrahán, Israel, la Iglesia) y al otro (todas las naciones, los gentiles, a los no cristianos) la bendición de Dios alcanza la universalidad original de su designio, a pesar de que se realice de un modo diferenciado en unos y en otros. En este esquema el respeto a la alteridad resulta exquisito, sin detri-

mento de la universalidad. Dicha manera de presentar la universalidad no es contradictoria con la vía metafísica que ha ensayado la teología tradicional, insistiendo en la naturaleza humana y su sanación gracias a la encarnación. Simplemente manifiesta otra lógica presente en la Escritura, más concorde con el pensamiento semítico.

*la bendición recibida por uno
(Abrahán, Israel, la Iglesia)
despliega su dinámica desde
la alteridad para beneficio
del otro*

Desde esta perspectiva se abren unas vetas fecundas para comprender cómo se ubica la fe cristiana en el contexto de la multiculturalidad y cómo entiende la Iglesia su misión y su servicio.

En primer lugar, la fe cristiana y la Iglesia se puede reconocer a sí misma como una bendición para los demás, por los tesoros que encierra el evangelio de Jesucristo. Esto implica, entonces, un aprecio sincero de la propia fe y una opción decidida por vivirla en toda su integridad y autenticidad. La experiencia del diálogo interreligioso y ecuménico subraya que no se avanza por el ca-

¹⁰ Me inspiro en R. K. SOULEN, *The God of Israel and Christian Theology*, Fortress Press, Minneapolis 1996.

mino de los mínimos, sino que el diálogo resulta tanto más fructífero, cuanto cada una de las partes presenta toda la riqueza y la profundidad de su propio punto de vista. Es decir, que el encuentro resulta tanto más enriquecedor en tanto cuanto se da en la cumbre de los máximos y no en el valle de los mínimos. Así, pues, la fidelidad misma a la fe será la aportación más valiosa de los

*el diálogo interreligioso
resulta tanto más fructífero
cuanto cada una de las partes
presenta toda la riqueza
y profundidad de su propio
punto de vista*

cristianos en un contexto de pluralismo. Tal fidelidad, además, será fuente de bendición para otros, igual que el sí de María es la causa de nuestra alegría, pues pertenece al modo reconocido por la fe cristiana de darse la revelación y la salvación el hecho de la recepción de una bendición para todos gracias a la fidelidad de unos pocos (la representación, incluyendo la representación vicaria).

En segundo lugar, y muy en línea con lo anterior, la Iglesia se puede

entender como *un resto santo*. Lo cual no significa necesariamente desprecio de los demás o integrista, ya hemos visto que no; pero sí que ella entiende su misión en fidelidad a su fe, a lo que ha recibido. Su fidelidad es precisamente su servicio. La figura del resto santo acompaña a la tradición del pueblo de Israel e implica la certidumbre de que Dios nunca deja de forjarse una colectividad que escucha su Palabra, que la pone en práctica, en la que el mismo Dios se complace y que ejerce una acción de impetración benéfica para todo el conjunto del pueblo. La perspectiva más universalista del cristianismo comparado con el judaísmo permite, a mi juicio, abrir la perspectiva del resto santo como clave para comprender el servicio de la Iglesia al conjunto de la humanidad y sus culturas.

*Apostilla final:
el fundamentalismo violento*

Esta es la cuestión que más preocupa y que una reflexión, incluso breve, sobre la multiculturalidad no puede obviar. Me limito a unas pinceladas muy iniciales y tanteantes.

La situación internacional cambió notablemente con la caída del muro de Berlín en 1989. Hay quienes opinan que este acontecimiento reviste tal envergadura que ahí propia-

mente finalizó el siglo XX. Las perspectivas que entonces se anunciaban de paz, convivencia, comercio y hegemonía de un único modelo político se han visto radicalmente alteradas: primero, por los atentados del 11 de septiembre en Estados Unidos; luego por la guerra de Irak, y, finalmente, por los atentados de Madrid del 11 de marzo y los de Londres del verano de 2005. Estas manifestaciones expresan la aparición en escena del componente religioso como factor político de primera magnitud, en particular: del elemento religioso fundamentalista y violento.

Parece excesivo hablar de una confrontación violenta entre culturas, la occidental (que no se entiende sin el cristianismo) y la musulmana (impregnada por el Islam), pues la realidad del Islam es mucho más amplia y compleja que sus brotes fundamentalistas, que tristemente impregnan fuertemente su rostro más conocido en Occidente. Supone una simplificación abusiva, desde el punto de vista de las religiones, identificar sin más países occidentales, regidos por gobiernos muy concretos, con cristianismo, de un lado, y activistas musulmanes radicales e Islam, por el otro lado. A pesar de todo, el modo de afrontar la multiculturalidad no deja de estar influido por los miedos y los fantasmas que genera un funda-

mentalismo musulmán activo y violento, con medios y raíces no sólo, pero también, en los países occidentales europeos.

Desde el punto de vista teológico y cristiano habríamos de comenzar por mejorar nuestro conocimiento del Islam, para combatir eficazmente los estereotipos y evitar que se reproduzcan. Por otra parte, la mejor opción consiste en crear las

*parece excesivo hablar
de una confrontación violenta
entre culturas, la occidental
(que no se entiende sin
el cristianismo)
y la musulmana
(impregnada por el Islam)*

condiciones sociales para hacer socialmente menos plausible el fundamentalismo y la confrontación violenta. Como cristianos estamos llamados a la acogida del pobre y del menesteroso, y al respeto de su religión. Dicha acogida puede contribuir, sin duda, a un aprecio mutuo. Pero tampoco cabe la ingenuidad¹¹, dado que hay valores y cues-

¹¹ «El Islam cree que el cristianismo ha demostrado ser incapaz de dotar, a partir de la fuerza de la fe en un Dios único, de una

tiones de fondo con fuertes divergencias entre el cristianismo y el Islam, como, por ejemplo, la actitud ante el mismo pluralismo cultural y religioso o el puesto de la mujer en la vida pública, social y familiar. Por muy curioso que parezca, no es lo mismo ser un «ateo cristiano, musulmán o judío», como tampoco lo es ser un «agnóstico cristiano, musulmán o judío». La paz y la convivencia dependerá de cómo se

configuración y un sentido correspondiente con dicha fe a la vida social de las personas humanas. Opina que el cristianismo ha capitulado ante el secularismo y que la doctrina cristiana sobre el pecado, la culpa y el perdón no pueden funcionar ya más como medio de acceso a la experiencia religiosa. Aquí se da una pugna por las almas de las personas humanas» [W. PANNENBERG, «Eine philosophische-historische Hermeneutik des Christentums», *Theologie und Philosophie* 66 (1990) 481-492, aquí 487].

logre: o bien que el mismo Islam erradique los brotes fundamentalistas con sus propias fuerzas; o bien que siga evolucionando, dándose una transición en su interior al tener que afrontar todo lo que ha significado la Ilustración europea como reto a la razón religiosa; o que los emigrantes musulmanes y sus familias se integren masivamente de un modo positivo en las sociedades europeas occidentales, sin formar guetos cerrados de autoafirmación y confrontación contra valores muy arraigados en occidente. La Iglesia y la fe cristiana, con todo respeto, puede ofrecer su mano tendida para caminar hacia esta integración, sin renunciar a su propia identidad cristiana, antes al contrario, ejerciéndola de pleno: «era forastero, y me acogisteis» (Mt 25,35). ■